

Un grandioso éxito

está obteniendo el sexto libro
de la

Biblioteca

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

Una mujer de París

que se halla ya en venta.

No lo olvide usted

Precio popular: Una peseta

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 105

25 cts.



AMOR
DE ÁRABE

por
Bárbara La Marr
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 105

Amor de árabe

POR

BÁRBARA LA - MARR y JOHN GILBERT

Producción: WILLIAM FOX

Concesionaria: HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ENID BENNETT

Argumento de la película de dicho título

Bajo un cielo sin nubes y tachonado de estrellas descansaba apaciblemente la Babel de los árabes.

Era la hora de los sagrados juramentos,

Nadina, linda europea, que vivía con un tío suyo, agente diplomático del lugar, se desposaba con el capitán francés Emilio Fortier.

Al terminar la ceremonia, la novia recibió el siguiente telegrama:

Madre está muy enferma... moribunda. Ven en seguida.

Fuerza que Nadina corriera al lado de su madre sin tardar, y para ello, con el consiguiente disgusto, hubo de buscar una solución con el que acababa de ser su esposo.

—Me es imposible acompañarte...— se lamentó el capitán—. No puedo dejar mi puesto... y, por otra parte, tampoco puedes ir sola...

El tío hizo gestiones y manifestó a los recién casados:

—Dentro de una hora partirá una caravana... Hará el viaje debidamente custodiada.

Y Nadina partió muy apesurada y dejando a su esposo en el mayor desconsuelo.

Pasaron para Nadina algunos meses de ansiedad mitigada de vez en cuando por las cartas del esposo ausente... y, al fin, llegó el día de su regreso, al reponerse completamente su madre.

En el momento de despedirse de esta, Nadina dió rienda suelta a su justificada alegría.

—¡Me siento tan dichosa, madre mía! ¡Emilio me dice que saldrá a encontrarme en el camino!

—Comprendo, hija mía, tu impaciencia por estar con él. ¡Sed dichosos!

Largas eran las jornadas de viaje, para llegar al nido de sus amores, mas la futura felici-

dad hacía olvidar a Nadina las fatigas que debía soportar.

Al encontrarse en pleno desierto la caravana que la conducía al fuerte de las tropas francesas, una banda de foragidos beduinos, los Piratas del Desierto, se disponía a asaltarla.

El Sheik Mohamed Ali era el jefe, y su lugar-teniente, un turco renegado por cuya captura y muerte se había ofrecido recompensa.

Las filas de los malhechores habían sido engrosadas por otro adepto, de nombre Hassan, un blanco de frente inteligente y aspecto distinguido, a quien no se preguntó ni de donde venía ni quien era, pues el mal es bastante para cobijar al propio mal...

Durante el asalto, Nadina fué apresada por el turco, que la trató con la consideración de sus bajos instintos y que indudablemente hubiese ido lejos en sus brutales deseos, a no impedirlo el Sheik, quien ordenó a sus súbditos, siendo el turco uno de ellos:

—¡Llévenla prisionera al campamento... Después yo decidiré!

Cumplió la orden del jefe, y cuando la noche cubría con su manto de sombras las movezizas arenas del desierto, en el retiro de los piratas se esperaba conocer la decisión del jefe respecto a la suerte que debía tocarle a la prisionera.

La hija del Sheik, Tamar, enamorada de Hassan, en cuya pasión no era correspondida, repetía a éste su ardiente amor, negándose él, otra vez más, a prometerle que la quería.

El Sheik tenía también un hijo, Abdul, de tres años de edad, a quien idolatraba.

El turco, agotada su paciencia en interminable espera, dijo al jefe:

—Hace tres horas que hemos regresado... y aun no habéis decidido lo que cabe hacer con la joven.

—¿Quién la capturó?— preguntó el Sheik aprestándose a complacer a su banda.



La hija del Sheik, Thamar, enamorada de Hassan, en cuya pasión no era correspondida, repelía a éste su ardiente amor...

—¡Yo fui!—gritó el turco.

—¡Fui yo!—protestó otro.

—¡Falso!—contestó un tercero.

Y varios más se atribuyeron el haber sido ellos quienes se apoderaron de Nadina.

—¡Traed los dados!—terció el Sheik—... ¡El Gran Alah resolverá la cuestión!

Consultados los dados por cada uno de los piratas, el turco fué el que sacó más puntos.

—¡Gané!—exclamó tendiendo ávidamente sus brazos hacia Nadina que había sido colocada cerca de los que se la disputaban.

—¡Tuya es... por la voluntad de Alah!—asintió el jefe.

Y, Nadina, horrorizada, cerraba los ojos para no verse caer en los brazos del repugnante turco.

—¡Alto!—pronunció Hassan, apareciendo, seguido de Thamar—. Yo también debo ser contado en este juego. Dadme los dados.

El turco, seguro de no ser suplantado por el europeo, pues sus puntos eran casi inconseguibles, esperó tranquilamente el resultado de la jugada de Hassan.

Y, sin que lo creyese nadie, éste ganó al vencedor por un punto, el máximo de los dados.

El turco, iracundo, se mostraba disconforme, pero el Sheik, obrando en justicia, entregó la prisionera a Hassan.

Aunque temerosa, Nadina siguió a Hassan con más esperanza que si se hubiese tratado del turco.

Hassan la llevó a su tienda de campaña.

Thamar, celosa, los espiaba detrás de unos cortinajes.

La luna había ascendido como un disco de plata, y sus pálidos fulgores daban al desierto los tintes de un panorama fantástico.

La poesía del momento influía en las almas de Nadina y Hassan...

—No sé cómo expresarle mi gratitud por haberme salvado de ese hombre sin corazón— dijo Nadina a Hassan, refiriéndose al turco—... ¿Quién es usted?... ¡Qué diferente de los otros!



...pero el Sheik, obrando en justicia, entregó la prisionera a Hassan.

—No desee saber quién soy. Soy uno de los muchos que buscan refugio en el desierto.

—Mi tío es persona de grandes influencias... Si usted se encuentra aquí fugitivo, tal vez podría yo ayudarle a salir de su obligado desierto.

—Usted podría ayudarme... y mucho... teniendo confianza en mí...

—¿Qué menos... después de su noble proceder conmigo?

—Bien; lo que ahora interesa, es que se ponga a usted a salvo... Yo le daré un caballo y protegeré su fuga.



Hassan la llevó a su tienda de campaña.

Thamar, creyendo que Hassan iba a huir con Nadina, quiso oponerse, mas él se aseguró su silencio diciéndole que se quedaba.

Aun no había amanecido. Nadina llegó a su casa... sin haber encontrado a lo largo de la ruta de las caravanas, al esposo amante que tanto ansiaba ver,

—¿Dónde está mi esposo? ¿Por qué no salió a mi encuentro?—preguntó, en el atrio de su casa, a un oficial que, viéndola llegar fué a su encuentro.

El aludido oficial vaciló un momento, pero, al fin, determinóse a hablar.

—¡Su esposo, señora,... ha muerto! ¡Fué asesinado por un americano... llamado Norman Stone!

—¿Muerto?... ¿Asesinado?... —repitió Nadina—. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror tan grande!

Hassan por su parte, aunque jurara, en su destierro, olvidarse hasta de sí mismo, sentía, sin embargo, que un pensamiento luchaba en su mente y vencía su recia voluntad... Nadina...

Cuando ésta logró recobrar la calma, después del rudo golpe sufrido, pensó solamente en consagrar los días de su vida a un solo fin: la venganza.

A tal objeto, hizo publicar el siguiente bando:

Se entregarán veinticinco mil francos a la persona que facilite datos para la captura de Norman Stone, el asesino de Emilio Fortier.

La noticia de la recompensa ofrecida por la captura del matador iba de un sitio a otro del desierto, hasta que, finalmente, llegó al campamento del Sheik.

Y el turco se enteró de ella... y con varios de los piratas convino en que el hombre que se buscaba era el nuevo afiliado a la pandilla, Hassan.

Deseando venganza y dinero, el mahometano se entrevistó con el jefe:

—Lee este pregón, Sheik, y dínos si, como

nosotros, no crees que con nosotros vive el asesino que los franceses reclaman.

—¿Cómo podéis creer que Hassan sea ese asesino?

—¿Recuerdas el día en que le rescatamos de manos de los soldados?

El Sheik miró al pasado...

Se encontraban cierta vez en el desierto a la expectativa de cualquiera caravana, cuando el galope de unos caballos les hizo poner en guardia.

Vieron a un piquete de soldados en persecución de un hombre... Dejaron que éste se acercara a ellos, y lo defendieron haciendo frente a aquéllos y obligándoles a darse a la fuga.

—¿Por qué se te persigue?—le había preguntado, al desaparecer los soldados, el Sheik.

—Porque tuve un altercado con el capitán Emilio Fortier—contestóle él.

Y añadió el Sheik:

—El desierto es el refugio de todos los que huyen del mundo... Quédate entre nosotros, si quieres... Aquí tendrás asilo y protección.

Eso había sido todo.

Era cierto que hasta entonces Hassan había sido protegido y considerado por los piratas, mas desde el momento que se supo que su cabeza valía una bonita suma, ya no era para ellos más que el objeto de un botín y aunándose todos para vencer la resistencia del Sheik—por si éste se opusiera—, se dispusieron a entregarlo a la justicia.

Sin embargo, tuvieron que diferir la ejecu-

ción de su proyecto, pues se avisó una desgracia al Sheik.

—¡Oh, jefe! ¡Los esfuerzos del sabio Musora son inútiles! ¡Tu hijito está moribundo!...

El padre del enfermo acudió anhelante al lado del agonizante y le prometió todo cuanto poesía al curandero fanático de la tribu si lo salvaba.

—¡Esta es una amonestación del Gran Alah! —exclamó éste— ¡Estábais a punto de traicionar al hombre a quien habíais jurado proteger!...

El Sheik, avergonzado de sí mismo y de sus hombres, dirigióse a ellos y, presentándoles a Hassan, les dijo:

—¡Alah sea bendito! ¡Su palabra ha llegado hasta nosotros! ¡De ahora en adelante la persona de este hombre será sagrada! ¡Quien ponga sus manos sobre él... me ofenderá a mí!

Supersticiosos en extremo, los árabes reverenciaron con exceso a Hassan para que Alah les tuviera en cuenta su arrepentimiento por haberle querido vender.

De nuevo el Sheik velaba el curso de la enfermedad de su hijo, con Thamar a su lado, orando ambos para que el pequeño no muriese, pero el fanático hechicero les quitó esa esperanza vaticinando un funesto desenlace.

—¡Su corta jornada por esta vida está llegando al final! ¡El maligno poder causante de su dolencia es aún superior a mí!

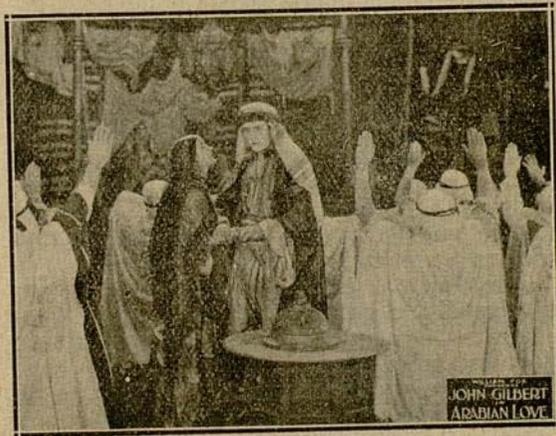
Hassan, agradecido al Sheik, intervino:

—¡En la ciudad hay un gran médico... el doctor Lagorio... que podría salvar la vida de tu hijo!

—¡Ah, si pudiera venir ese hombre!— contestó el jefe.

—Con unos cuantos hombres puedo hacer la jornada hasta la ciudad... y prometo traerlo.

Thamar, temiendo por la vida del hombre a quien adoraba a pesar de su indiferencia, le objetó:



Supersticiosos en extremo, los árabes reverenciaron con exceso a Hassan...

—¡No debes arriesgarte en esa empresa! ¡Si cayeras en manos de los soldados... tu muerte sería segura...!

—¡Yo iré!—ratificó Hassan al Sheik.

Este, maravillado, y no pensando en más que en que su hijito sanara de su dolencia, en-

tregó una bolsa llena de moneda a Hassan.

—¡Toma este dinero para pagarle! ¡Corre rápido como el viento... y que Alah te proteja!

Seguido de varios camaradas, entre ellos el turco, quien como los demás le había prometido sumisión, Hassan emprendió el viaje a la ciudad.

Llegaron a sus puertas hacia la noche, y estuvieron en acecho hasta altas horas de la misma, para entrar en la ciudad cuando todo durmiese.

Llamaron a la casa del doctor Lagorio y Hassan, con dos acompañantes, fué recibido por él, un viejo muy comodón.

—¡Aquí tiene usted, doctor, diez veces el valor de sus servicios! ¡Prepárese a ir al desierto inmediatamente con nosotros para salvar a un niño que se muere!—le dijo Hassan.

—Me resisto a emprender el camino—repuso, asustado, el galeno—... Es absurdo... a esta hora... y con un hombre que se presenta de improviso en tal forma...

—¡Peligra la vida de un niño... y usted ha de venir forzosamente a asistirlo!

Como él se opusiera tercamente, Hassan, secundado por los árabes, agarraron al doctor, lo sacaron de su casa y lo pusieron sobre el lomo de un caballo bajo la vigilancia de un pirata que lo cabalgaba.

Pero, avisados por un sirviente del doctor, los soldados salieron a cerrarles el paso.

Y, de pronto, los piratas se encontraron en un callejón sin salida.

La casualidad quiso que éstos se refugiaran, buscando una buena salida, en el patio de la

casa donde vivía Nadina, quien, reconociendo a Hassan, les ayudó a burlar a sus perseguidores.

Hassan se rezagó de los demás, un instante, para hablar con ella a solas.

—¡El riesgo está compensado... por el placer de verla otra vez!—le murmuró.

Nadina le escuchaba embelesada... y una tras otra salieron de los labios galantes de Hassan dulces frases para ella.

—Dentro de tres días volveré por este mismo camino...—le dijo él, despidiéndose—. ¿Me permitirá que entre a decirle adiós?

Nadina no se atrevía a contestar.

Al fin, venciendo reparos, lo hizo de esta manera:

—En caso de que podamos vernos... pondré, como señal, una rosa a la puerta del jardín.

Al alejarse Hassan, Nadina, reprochándose-lo tal vez, pero no pudiéndolo evitar, le siguió cariñosamente con la mirada.

Mientras tanto, la débil lucecita de la tierna vida del hijo del Sheik, estaba aún oscilando...

Los piratas, tras haber sorteado, no sin tesón el peligro del acoso de los soldados, llegaron al campamento con el doctor, y éste fué conducido sin demora a presencia del enfermito y de su padre.

—¡He sido traído aquí contra mi voluntad... y rehusó en absoluto asistir a este niño!

El Sheik, mirando con reproche al médico, le contestó:

—¡Te dejo a solas con mi hijo! ¡Su muerte la pagarás con tu vida!...

El doctor obedeció, temeroso de la venganza del jefe de los piratas si el niño viniera a morir, y puso todo su saber y su amor propio profesional en combatir la dolencia del enfermo.

Entretanto, en su silencioso retiro, Nadina luchaba, imaginativamente, contra dos recuerdos: uno lejano y otro reciente; éste más fuerte que aquél...

Y, no pudiendo hacer prevalecer los derechos del primero, rechazando al segundo, exclamó, con arrepentimiento por lo que ella creía era culpa:

—¡Dios mío... aleja de mi mente toda clase de pensamientos... excepto la remembranza de aquel que murió siendo fiel a mi amor!... ¡Y que pueda yo vivir siempre fiel a su memoria!

Al terminar su plegaria, sintióse más que nunca dominada por la idea contraria a la que ella anhelaba permanecer entera... esa idea que la estremecía toda, en su angelical doncellez, como una bella promesa de venturoso vivir en el seno de un poder más fuerte que su voluntad.

La mujer soñaba con lo que se imponía a su juventud romántica, y varias veces llegó a preguntarse si era posible que ella, que juró su amor a un hombre y por quien su cariño debía haber aumentado en virtud de las trágicas circunstancias en que había muerto, pudiera olvidar, sí, olvidar casi es la palabra, a ese hombre... por otro.

Porque en quien pensaba Nadina era en Hassan, en ese misterioso europeo hecho pirata por un ignorado motivo, de quien, a pesar

de haberle visto sólo dos veces, estaba realmente enamorada.

Ruda tenía que ser la batalla que se libraba en el interior de la cuitada, pues muchas lágrimas rodaron por sus mejillas.



Thamar, creyendo que Hassan iba a huir con Nadina, quiso oponerse,...



Pasaron tres días.

Tres largos días para todos...

De ansiedad...

Y de esperanza...

Para el Sheik y su hijo, la primera...

Para Hassan y Nadina, la segunda...

Afortunadamente, para todos brillaba ya el sol de la alegría.

En efecto, el pequeño Abdul, el enfermito por cuya vida tanto se temiera, se hallaba en franco período de convalecencia.

Menos irritado que el día aquel en que los piratas le forzaron a seguirles, el doctor La-

gorio se compadeció del niño, que no tenía ninguna culpa en la original manera de solicitar su intervención que tuvieron los demás, y lo trató como hubiese tratado al hijo de su mejor cliente.

Era, la curación del niño, un verdadero triunfo que se podía apuntar el médico, pues el caso tenía complicada solución.

No se equivocó Hassan en designarlo a él para tal cosa, y ahora se felicitaba tanto más cuanto que, correspondiendo asimismo a sus cálculos, le sería posible entrevistarse, como convenido, con Nadina, desde luego si había el paso franco.

En verdad, admitiendo esto último, Hassan podría volver a ver a la mujer que había conquistado su corazón... y que era la primera que le interesó vivamente, pues se disponía en el campamento el regreso del doctor a la ciudad.

El galeno no esperaba ser recompensado como lo era, pues el agradecido Sheik le colmó de tesoros.

Y también le prometió:

—Doctor... me has prestado un buen servicio... y mis hombres te servirán de escolta hasta la entrada de la ciudad.

—Eres muy noble y estoy a tus órdenes—le contestó el médico.

Luego, el Sheik, mientras los demás piratas del Desierto, entre los que contaba otra vez el turco, preparaban sus cabalgaduras y la del sabio, tomó aparte a Hassan y le habló como sigue:

—¡Arriesgaste tu vida por salvar la de mi

hijo! ¡No te ofrezco ninguna recompensa... porque todo cuanto poseo es tuyo!

Thamar estaba presente a la expresión de gratitud de su padre por Hassan, y cubría a éste con sus apasionadas miradas.

—¡Gracias, Sheik!—repuso Hassan—. Eres más que generoso conmigo, mas no acepto nada... ¡He decidido marcharme!... ¡Adiós!... Regresaré a la ciudad con el Doctor Lagorio, y desde allí me encaminaré a mi país.

Thamar imploró con sus lindos ojos a su padre que insistiera para que Hassan se quedara con ellos, y el Sheik, enterándose del amor de su hija por el europeo, sonrió y manifestó a éste, procurando que se fijara en Thamar.

—He resuelto que te quedes conmigo, pero como Jefe... ¡Sin autoridad alguna sobre tí... excepto la mía!

Hassan, reconociendo que debía obrar con prudencia, pues al fin y al cabo venía a ser como un prisionero del Sheik, a merced de la delación de éste a las autoridades francesas, correspondió a las miradas de Thamar y contestó a aquél.

—Está bien... Me quedo.

—¿De veras, Hassan, no nos abandonarás?—le preguntó Thamar pluralizando.

—Cierto, mujer.

No adivinando la estratagema de Hassan, Thamar creía que, al fin, él la haría dichosa casándose con ella.

Pero antes de emprender el viaje hacia la ciudad para acompañar al médico, el turco, que deseaba no ser estorbado por Hassan, su-

surró malévolamente al oído de Thamar, a quien sabía enamorada del europeo:

—No te fies de ese hombre. ¿No ves que está preparándose para volver al lado de aquella mujer que dejó escapar? Esa muchacha vive en el callejón El Kab y él le habló hace tres días.



—He resuelto que te quedes conmigo, pero como Jefe...

Hassan se estaba preparando, en efecto, para huir.

Sin embargo no partió con la caravana de los piratas, pues Thamar le hizo vigilar y él creyó oportuno esperar el momento más propicio para abandonarla sin peligro.

Incluso fingió apurar una colación que ella

le dió a beber con el pretexto de que ella la tomaba todas las tardes, y como él vió que dicho brevaje—el suyo nada más—estaba narcotizado, aparentó dormirse bajo los efectos de la droga.

Thamar le contemplaba como a un dios... y en esos momentos de éxtasis de ella, Hassan



Thamar le contemplaba como a un dios...

llegó al máximo conocimiento de lo que sería capaz de hacer aquella mujer por desbaratar su fuga.

Al cerrar la tarde, Hassan aprovechó la soledad del campamento y un descuido del centinela puesto por Thamar a la puerta de su

tienda para caer sobre éste y desaparecer al galope en el corazón del desierto.

Enterada Thamar de lo ocurrido, montó un caballo y se lanzó en persecución del amado.

El alazán de la árabe volaba y llegó casi al mismo tiempo que el potro de Hassan al callejón El Kab.

Los árabes capitaneados por el turco intentaron raptar a Nadina, pero la aparición de Hassan les obligó a darse a la fuga.

Después, en la terraza de la morada de la viuda, a quien Hassan creía sin duda soltera, éste, poniendo su alma en ello, le declaró el amor que ella le inspiraba.

—¡No... no! ¡No puedo amarte!—dijo ella dolorosamente.

Hassan la atrajo contra su pecho y la besó sin saber lo que estaba haciendo.

Ella lo rechazó arrepentida, mas sin rencor. El, recobrándose, disculpóse:

—¡Perdóname! ¡Te amo con locura... y me pone fuera de mí el pensar que debemos decirnos adiós para siempre!

—Te perdono, Hassan... ¡Hay un obstáculo más insuperable que el que imaginas... Yo no tengo derecho ni a vislumbar siquiera un ensueño de amor!

Thamar, desde la puerta del jardín, espiaba.

De pronto, su vista posóse en un bando pegado a la pared y leyó el aviso de la recompensa que se daría al que entregase a la justicia al asesino del capitán Fortier.

—¡Dime tu nombre! ¡Que pueda retenerlo por siempre en mi memoria, como el de mi único amor!...—oyó, luego, Thamar.

— Mi nombre es...

Nadina, que iba a contestar, vaciló un instante.

Unos oficiales que pasaron por allí, cerca de Tamar, dijeron, al ver a Nadina y a Hassan en conversación:

— ¡Mirad! ¡La viuda del capitán Fortier parece haberse consolado muy pronto!

Tamar al oír este nombre, releyó sorprendida la noticia de la recompensa y se percató de que Hassan era el asesino del marido de la mujer a quien hacía la corte.

¡Oh, ya era suyo!

— Entonces... esta será nuestra última despedida... porque al pasar mañana por este sitio, sabré que no debo abrigar ninguna esperanza...

— dijo, Hassan, al separarse, desconcertado, de Nadina.

Tamar se ocultó cuando éste salió del jardín y así que él estuvo fuera de alcance, acercóse a Nadina.

— ¡Tonta! — le dijo — ¿Sabes quién es ese hombre?

— No sé... ¿por qué me lo preguntas? ¿Le conoces?... ¿Quién eres?

— Lo único que te interesa saber es que ese hombre... ese hombre, óyelo bien... es Norman Stone... el asesino de tu esposo!

— ¿Qué? ¡Mientes, mentes!

— ¡No miento, cristiana; por Alah te lo juro!

— ¡Dios mío... esto es horrible!

— Ese hombre, a quien amé con toda mi vida y a quien ahora aborrezco con toda mi alma, te quería a tí... Yo he venido a avisarte para que tú, despreciándole por ser quien es, le

hagas sufrir como él lo ha hecho conmigo, no queriéndome... Mi propósito era destruir tu ilusión por él... Creo haber triunfado... mas por si no fuera su crimen bastante motivo para que tú lo rechazaras, yo lo entregaré a las autoridades.

— Prometí vengar a mi esposo, y contra Hassan y contra todos estoy dispuesta a luchar. Ese hombre, sin conocerme, llegó a engañarme creyéndole un caballero... mas ya no sé quien es sino el asesino que la justicia reclama.

— Yo daré con él...

— Y yo también... sin moverme de aquí porque mañana volverá...

— Yo quiero vengar por mí misma los desprecios que me ha hecho.

— Que cada cual actúe por su lado y de este modo no es posible que pueda escapar.

Así quedó convenido entre las dos mujeres.

Tamar, que no sabía dónde encontrar a Hassan, no perdió el tiempo en correr de un lado para otro en vano...

Nadina requirió la ayuda de su tío, a quien puso al corriente de lo que sucedía, y éste dictó órdenes a las autoridades para que se tomaran las debidas precauciones con objeto de detener al asesino del capitán.

A pesar de todo, Nadina, estaba triste. ¿Por qué el azar había querido preparar aquel drama escogiéndola como protagonista? ¿Por qué Dios había permitido que aquel hombre le hiciera olvidar al propio ser a quien mató?

Su cabeza estallaba de desconcierto y, a medida que se acercaba la hora probable de la

llegada del asesino, ella se sentía menos segura de sus energías delante suyo.

Para que Hassan se detuviera a la puerta del jardín y supiera que podía entrar en la casa, había sido concertado que habría una flor en dicha puerta.

Hassan, que vió esa flor, y casi al mismo tiempo a Nadina, estaba radiante de felicidad, pues en camino una duda horrible—que ella amaba a otro—había invadido su corazón, atormentándole.

Nadina le salió al encuentro y durante unos momentos le ocultó la acusación que iba a hacerle.

Mientras, el tío de Nadina se entrevistaba con el oficial francés que debía encargarse de capturar, con sus hombres, al criminal.

Nadina introdujo a Hassan en el interior de su casa y, tras breve conversación, lo encaró con una fotografía del difunto.

Hassan retrocedió y palideció súbitamente, mirando en nerviosa alternativa a Nadina y al capitán, como si preguntara: ¿quién eres tú?... ¿quién es él?

Nadina clavó sus ojos recriminadores en los del culpable y pronunció:

—¡Este es mi esposo... muerto!

—¿Vuestro esposo?

—Sí, y vos le matasteis, vos que sois un falso árabe. Y la justicia os prenderá... Sí... yo la avisé para que seáis castigado.

—Perdonadme, señora, pues es cierto que yo maté a vuestro esposo... así como no soy árabe sino americano... Mas permitidme que relate la parte que yo tomé en la tragedia. No im-

porta cuán doloroso os sea saber lo que ahora os diré... pues debéis oírla.

Nadina, sin poder negarse a escucharle, siguió atenta el relato de Hassan.

Dijo así:

—Hace varios meses, regresé a mi casa, después de una larga ausencia... Nadie había en ella para recibirme, pero encontré una carta amorosa escrita por el capitán Fortier... Esa carta, que no se ha separado de mí nunca desde que la casualidad la puso en mis manos, héla aquí, y dice:

Querida Catalina:

Mi esposa regresará dentro de tres días. Ven a verme mañana y disfrutemos de las horas que aún nos quedan. Disfrázate con ropas árabes, tomando las mismas precauciones que adoptaste cuando tu última visita.

Fortier

—¡Virgen Santa, qué engaño!

—Serenáos... y seguiré...

—Sí, contádmelo todo.

—Pues bien; al enterarme de las relaciones del capitán con mi hermana, fui inmediatamente a la morada de aquel... y aguardé que ella saliese... Cuando me vió, mi hermana se arrojó a mis brazos mucho más desesperada que temerosa de mis reproches y desprecios. Comprendí que mi hermana había sido un juguete de aquel militar sin otra ocupación que buscar conquistas y, reservándome para más adelante arreglarle las cuentas, le dije.

—¡Regresa a nuestra casa... y si no estuviese de vuelta dentro de una hora, embárcate con rumbo a América en el primer vapor!...

Mi hermana se alejó convertida en una dolorosa y yo entré a pedir una explicación al capitán sin honor.

Este oficial me recibió con despecho, en vez de excusarse como lo hubiese hecho un caballero, y tuve que mostrarle mis derechos a ser respetado y a hacer respetar a mi hermana.

Siguió en su inícuca postura el capitán y, finalmente, le propuse que pidiera el inmediato traslado a Francia para poner distancia entre él y mi hermana.

—Vos sois casado, capitán, y no puedo pedirnos otra cosa... Mas quiero que sepáis que de no existir esa circunstancia, os habríais casado con mi hermana o vuestra infamia os hubiese costado la vida... Confío, pues, que vais a complacerme.

El capitán, lejos de hacer tal cosa, amenazóme con su revólver y me contestó agresivo:

—No me intimidan vuestras bravatas... y me quedo aquí... Decidle a vuestra hermana que vos no queréis que nos veamos...

—¡Miserable!—repliqué.

Y, encendido por la cólera, me abalancé a él para cruzarle la cara.

El me cortó el paso encarando su revólver contra mi pecho.

Me cogió la rabia y, jugándome la vida, desvié el arma y me arrojé sobre el capitán.

Entonces ocurrió el drama... Fortier para librarse de mí, hizo un brusco movimiento y se disparó el arma en el vientre. ¡El mismo se mató!

—¡Jesús! ¡Qué humillación!

—Por dos razones merecía su castigo ese

hombre: os engañó a vos, mintiéndoo un falso cariño, y engañó a mi hermana antes de cono-ceros. Se casó con vos por vuestra dote y consiguió, a fuerza de persuasión, que mi hermana siguiese aceptando sus galanteos... ¿Reconocéis que soy culpable?

—¡Oh, no! ¡Que el Cielo me perdone! ¡Os he traicionado!... Avisé a los soldados y vendrán a apresarte!

—¡Entonces, estoy perdido!

—¡Lo hice sin darme cuenta!... ¡Pero esa carta será prueba más que suficiente para que te pongan en libertad!

—¿Cómo voy a usarla a costa de destruir la reputación de mi hermana? ¡Para evitar esto fué por lo que antes me dí a la fuga!

—¡Yo no quiero que te entregues!

—¿Qué me importa perder la vida... si he de perderte a tí...?

—¡No, a mí no, Hassan, que yo te amo! ¡Perdóname, perdóname! ¡Huyamos juntos!

—¡Calla!... ¿Quién llega?

Unas sombras se dibujaban a través de los cristales de una ventana que daba a la terraza.

—¿Serán ellos... los soldados?—dijo, temblando Nadina—. ¡Huye tú, Hassan, huye mientras yo les detengo!

Pero en este instante aparecieron los que llegaban.

Eran varios árabes capitaneados por el Sheik, quien, adelantándose a Hassan, le dijo:

—Hassan, te portaste bien conmigo cuando mi hijo iba a morir, y he querido devolverte en parte, el favor. Thamar, mi pobrecita hija, ha cometido una traición delatándote a las auto-

ridades. Perdónala, pues fué su amor por tí, incorrespondido por tu parte, lo que la impulsó a cometer esa mala acción. Creo haber llegado a tiempo para salvarte.

—Gracias, Sheik... Y decidle a Thamar que me perdone a mí... que la hice sufrir sin poder evitarlo... He aquí a la que será mi esposa. El destino ha querido unir nuestras vidas.

—¡Huid!... Os serviremos de escolta hasta el amanecer... hasta que os encontréis lejos de aquí... ¡Y que el gran Alah os bendiga y os proteja siempre!

*
**

Ya en América, Nadina y Hassan se casaron... y jamás la sombra del esposo que «se hizo justicia» estorbó su felicidad, pues uno y otro tenían la conciencia muy limpia de toda culpa.

FIN

Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:

La comedia dramática

El puñado de rosas

Sentimental novela inspirada
en la popular zarzuela del
mismo nombre.

Protagonista:

Amalía Cruzado

Postal-fotografía:

Buddy Messinger

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles
Precio: 25 céntimos.